



Critica de Libros

Por Eleazar Huerta

M E HE ABISMADO durante tres días en la lectura de esta novela, que antes no tuve tiempo de leer íntegramente. Como toda verdadera obra literaria, constituye un mundo, el del autor.

Don Joaquín es un formidable periodista. El que empieza a leer uno de sus artículos no tiene más remedio que acabarlo. En que tipo el sucesos comentado aparece siempre el punto de vista personal, el hombre. Hay cronistas pulcros que dejan aunar la calidad del párrafo, la Retórica. A otros se les ve la rutina; el Repaso, la Enciclopedia Británica o la última obra leída. Pero a Eduardo Bello no le ocurre nada de eso. Su lenguaje es seco y su erudición, peculiarísima, también. Sus comentarios — irriten o encantan, según los lectores y las ocasiones — siempre hacen vibrar.

Esta personalidad destacada del autor, al originar un particularismo peculiar, produce igualmente una novela que no es la corriente. Las molares del género están rotas impetuosamente. Don Joaquín podría hacer una novela al uso, celosa a relatar cierta historia: "En el viejo Almendral", hasta el capítulo intitolado "Vacaciones", lo demuestra. La frase corta, de pincelada impresionista, resaca el dato cargado de significación, con rigor evocativo sensacionalista. El tiempo perdido renace y nos dice la fuerza que estas vivencias infantiles tuvieron en el artista. En momentos como la de la misma lagartija si se puede penetrar más fondo ni decir con sobriedad mayor. Difícil sería precisar aquí qué está recordando y qué otra cosa es invención. Todo se fusiona en un bloque único; el mundo.

Pero Eduardo Bello pronto abre este tipo como barrera. Puede ser un novelista, próximo a la francesa, pero no quiere serlo, y se detendrá hacia temas que a él le apasionan. Don ellas va haciendo crecer el volumen de su libro, poniendo en riesgo su equilibrio técnico, pero a la par hostilizando más audaz y más cargado de sentido. Qué es la esencia del idioma castellano, qué valor tiene la educación proporcionada por el libro, qué era el Valparaíso de 1880 y qué es, en definitiva, Chile. Con factores tan heterogéneos, la llamada unidad de la obra peligraría si el autor se posyera la verdadera fórmula de esa unidad, que no está fuera, en el asunto, sino dentro, en la fuerza del creador. Si un meta se funda a cierta número de grados, hasta al horno llegar a esta temperatura para dar una fundición perfecta. Pero si echamos al horno otros materiales más refractarios, la fundición no fracasará en tanto oramos capaces de aumentar la temperatura lo bastante para que la mezcla sea íntima. Don Joaquín, dueño de esta verdad, arroja a la hoguera de su novela personajes, ambientes, notas psicológicas, sarcasmos, ternura; pero, sin cesar, se estruja dolorosamente el corazón. Cada página es más patética que la anterior, revela una temperatura sentimental más alta. Infortunadamente, el autor ya no está reviviendo dentro del cauce narrativo. Dramáticamente, vive.

Eduardo Bello su Almendral de novela, algo tan personal que nadie podría coherente sin ir al fondo.

La vida patética del protagonista se halla ante dos enigmas: qué es el hombre respecto

a la mujer y qué es el chileno respecto a su tierra. No hay modo de conocerse a sí mismo si no se conocen los términos opuestos o complementarios. De ahí que en la novela se dibujen con más bullo los tipos femeninos que los masculinos. Ningún varón está pintado con la fuerza que das mujeres de Valparaíso: Perpetua, doña Florencia, Florita, Daisy Slepton y su abuela. Y es que los hombres dejan, más pronto o más tarde, de ser problemas, desde el profesor de matemáticas hasta el gringo Power o el mismo padre de "Fito". En cambio,

cualquiera de las mujeres del libro es capaz de producir una revolución o doméstica, en el seno de un hogar, y en el caso de doña Florencia; o en un país, como Presta Coronel en Bolivia. Por eso, al protagonista no le hace falta saber cómo son los demás hombres para conocerlos; en cambio, siente el anhelo de saber qué son ellas.

El patriotismo angustioso se une a la trama novelesca porque no es preocupación intelectual, sino lucha propia. A su vez, la acumulación de detalles sobre el paisaje, la historia o las costumbres flaquea por eso entre la opulencia y la posibilidad mítica de que lo insignificante tenga un contenido trascendente. Ciertas digresiones pueden parecer algo como "La Diferencia" de López, pero adquieren resonancia de lección, a ratos de apocalipsis, pues la vida del protagonista pasa mientras la sociedad chilena que él ha conocido se desintegra. El barroquismo,

que en autores de la actual generación tiene raíces muy varias, a veces exóticas, meramente culturales, es en Eduardo Bello típicamente personal. Con la ventaja de que no es el lenguaje exotizado para aditivar o enmascarar una tesis, acaso adquirida fragmento, sino la pura alteridad de una educación que siempre es extraña. El viento, señor de Valparaíso, las mentes de razas diferentes, los planes de cultura importada, no resultan entonces agentes de un tiempo transcurrido que cumple mecánicamente su misión; llegan a fuerzas que empujan hacia el caos, a la desveciación. No arrastran lo que fue, sino lo que se llegó a ser, para dejar una realidad imprevisible, inquietante.

Si la unidad de la obra se reduce, como fue antes, la posición subjetiva con que está hecha, es claro que exige del lector una entrega total, sin reservas. Quien no sea capaz de irse electrizando, quien sea en frío, tendrá la impresión de que en el libro toman pájaros. No la novela de Eduardo Bello correte el ritmo, por ende, de toda catástrofe barroca, brevedad con violencia y con pasión. Para el gran público será excesiva en los detalles y poco clara en la tragedia central, pues el fracaso del protagonista no se debe a que sea un torvacho ni a que una mujer fatal se afiance en su camino; está en su modo de ver el mundo y sólo es fracaso para él por el rigor con que se examina. En definitiva, el héroe fracasa no sólo porque triunfa en su conciencia, porque es un verdadero hombre, en medio de lo convencional, lo pequeño, lo pequeño. A su manera, este mundo sigue su ruta y Pedro no la sigue porque no quiere, por una incapacidad que es simultáneamente repugnancia.

E. H.

JOAQUIN EDWARDS
BELLO

En el viejo Almendral



EDITORIAL ORBE

En el viejo almendral [artículo] Eleazar Huerta.

Libros y documentos

AUTORÍA

Huerta, Eleazar, 1903-1975

FECHA DE PUBLICACIÓN

1947

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En el viejo almendral [artículo] Eleazar Huerta.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile